

de tanto abundan los improvisadores, esos que creen de buena fe que es posible llegar a la literatura sin pasar por la cultura. Guillermo Blanco domina el idioma, sabe elegir las palabras, escribe con fluidez y precisión. Su estilo, nada metafórico ni coruscante, tiene un extraordinario poder de comunicación. Tampoco, en ningún pasaje, desciende a las palabrotas de extramuro, ésas que también están de moda y que, pese a la rotundidad que persiguen, sólo demuestran impotencia verbal. Blanco, a lo largo de las 230 páginas de su narración, da un ejemplo de buen decir.

Por todo ello, la Academia Chilena de la Lengua ha exaltado su novela *Gracia y el Forastero* y tácitamente le ha conferido el carácter de modelo, un modelo de buen castellano digno de ser gustado por quienes, para remontar su espíritu, se interesan por el curso de las bellas letras.

EDMUNDO CONCHA

GONZALO DRAGO: CUENTOS ESCOGIDOS. Santiago, Ediciones Oeste, 1965.

Gonzalo Drago es uno de los integrantes de la Generación del 38, nacida bajo el signo populista de aquellos años y, por eso mismo, comprometida en la deificación de la clase obrera. La musa de estos escritores es un operario cesante y sobrecargado de prole. Nicomedes Guzmán fue quien llevó más lejos esta proclividad, al punto de que en cualquier gañán de extramuros veía, sin más, el "David" de Miguel Angel.

Queda dicho así que esta generación fue esencialmente sentimental y romántica. No manejaba ideas sino corazonadas. La mayoría de sus componentes no participó en política y se sumó a los afanes de cambio de esa época sólo con el aporte de una literatura tendenciosa que exalta fundamentalmente a personas de paupérrima situación. Los héroes suyos son generalmente tipos fornidos, enterizos y valientes, o sea, míticos, si se está informado de que esa gente consume apenas dos tercios del total de calorías diarias que normalmente requiere el organismo humano.

Todos estos rasgos están presentes en los libros de Gonzalo Drago. Por fortuna, y dado que los mejores sentimientos suelen prohiñar la peor literatura, amor tan indiscriminado por el pueblo, no alcanza a malograr las páginas de este autor. Y ello porque, a despecho de los intereses extraliterarios, él es intrínsecamente un artista, esto es, un hombre con ojos de ángel para ver el mundo y sus criaturas, con algo de santa inocencia en las pupilas, privilegio que la Naturaleza otorga muy de tarde en tarde a algunos de sus seres escogidos.

La obra de Gonzalo Drago, compuesta a lo largo de 25 años, cuenta ya con 5 volúmenes, reveladores todos de un narrador instintivo, de esos que presentan personajes vivos y destacan en ellos menos sus móviles que sus acciones, es decir, sin enredarse en los hilos sutiles y entrecruzados de una psicología que sólo es tinta sobre papel. Ahora agrega él otro tí-

tulo a su jornada. Son estos "Cuentos Escogidos", sobre la base de 10 muestras extraídas de distintos libros suyos y seleccionados según el gusto de don Manuel López, quien en el prólogo apunta: "La sobriedad y sencillez de su estilo nos trae el recuerdo de Máximo Gorki, guardando las debidas proporciones con el maestro ruso, y, en el plano nacional, no puede pasar inadvertido cierto paralelismo con Baldomero Lillo, al tratar el tema de las minas, donde ambos encuentran y aprovechan ricas vetas literarias".

La tragedia, en sus peores extremos, se siente como en su casa en estos cuentos. El primero de ellos, *Ganado Cuyano*, inspirado en un suceso que puede ser perfectamente real, es sangriento. La indignancia, la terneza y la ilusión de un buen hijo terminan aquí masacradas bajo las pezuñas. Desventuradamente, poco antes del final, el escritor recarga demasiado las tintas, restando con ello fuerza al impacto central, por la inoportuna competencia que le hace un accidente secundario, ese ojo desorbitado que debió quedar en su sitio.

El largo relato, casi *nouvelle*, *Esto es la Vida*, aunque describe morosamente las existencias rutinarias de unos empleados de manguillas y donde nada extraordinario ocurre, es un cuadro dantesco, aciago, de un desamparo atroz. De cada uno de esos seres anónimos y abúlicos rezuma una tristeza infinita, tan infinita como su respectiva soledad. El personaje principal, cuando queda cesante, reconoce estoicamente: "No me ha pasado nada. Esto es la vida".

*Mister Jara* es un aguafuerte, la semblanza de un capataz arribista, poseído por una ambición absurda. Al principio resulta grotesco, pero después se torna trágico, sobre todo cuando muere conservando hasta el último minuto la fidelidad a su máscara. No hay palabra de más ni de menos. He aquí un tipo de la comedia humana, con innumerables discípulos, grabado en forma indeleble. Para nuestro gusto, lo mejor que ha escrito Gonzalo Drago.

*Chasca* y *El Canario*, por débiles y deshilvanados, creemos que no debieron incluirse, ya que sólo sirven para que se maljuzgue a su autor. *Racimo de Uvas*, en cambio, de amargo sabor, está muy bien estructurado y atrae de principio a fin. También es un acierto *Bodas de Plata*, donde en sólo 6 páginas, a la manera clásica de Maupassant, se describe una vida gris, monótona y frustrada, con un remate imprevisto que transmuta el sarcasmo en ternura. Tenemos fe en que este cuento, por sus propios quilates, sobrepasará las Bodas de Oro dentro de la narrativa chilena.

Estos cuentos de Gonzalo Drago están escritos en un estilo menos devoto del ornamento que de la precisión. Algunos, en verdad, parecen verdaderas destilerías del pesimismo. Pero todos, y cualquiera que sea la cuota de realidad o de fantasía que haya intervenido en su dosificación, en definitiva cumplen con largueza la exigencia principal del género: se hacen leer con facilidad y conmueven el ánimo del lector.

EDMUNDO CONCHA